

Trigo, adobes, hierro y ciudades

Los vacceos en los inicios de la Historia

FERNANDO ROMERO CARNICERO

CARLOS SANZ MÍNGUEZ

Los vacceos, al igual que los restantes pueblos perromanos de la Península Ibérica, entraron en la Historia de la mano de los escritores clásicos, griegos y latinos; y ello ocurrió de la misma manera que con otras etnias del centro y norte ibéricos, en un momento tardío y relacionado con acontecimientos bélicos. Es así como la primera referencia escrita a los vacceos se remonta al año 220 a.C. y tiene que ver, tal y como narra Polibio (III, 14, 1-4) –siguiendo forzosamente una fuente anterior puesto que los acontecimientos por él vividos en la Península tuvieron lugar un siglo después–, con la campaña llevada a cabo por Anibal contra las ciudades de *Helmantiké* (Salamanca) y *Arbucala* (El Viso de Bamba. Zamora); una empresa que no parece haber pretendido, como en algún momento se ha supuesto, la conquista de las tierras más occidentales de la Submeseta Norte, cuanto, de acuerdo con opiniones recientes, el abastecimiento, en un ámbito que ya por entonces debía conocerse por sus excelentes cosechas, de víveres para su inminente campaña hacia Italia.

El hecho de que *Salmantica* fuera contemplada en dicha fecha como ciudad vaccea, en tanto que posteriormente es citada como vettona por Ptolomeo (II, 5, 7), no debe sorprendernos, pues si por una parte ello pudiera deberse a una mala información de la fuente original –Sileno de Calacte, al parecer–, no hay que descartar que tal discrepancia obedeciera al hecho, bien conocido, de la movilidad de las fronteras en el mundo antiguo. De ser así, cabría sospechar de litigios territoriales entre vacceos y vettones que, por su carácter local y alejamiento geográfico de los espacios peninsulares frecuentados por las gentes mediterráneas, no merecieron la atención de geógrafos e historiadores clásicos. Y recordar, al tiempo, que ni vacceos ni vettones pudieron narrarlas, puesto que ni unos ni otros hicieron jamás uso de la escritura y ni siquiera podemos afirmar qué lengua hablaban.

Ello nos lleva a contemplar que tampoco podemos asegurar

que se llamaran así, y que el nombre de vacceos debe de constituir la transcripción escrita de un término fonético así entendido por quienes hablan de ellos. Y reconocer, igualmente, que tampoco nos consta si los habitantes del ámbito geográfico que, desde Federico Wattenberg, llamamos Región Vaccea se identificaban a sí mismos como vacceos y tenían, por tanto, conciencia de pertenecer a la misma etnia.

Los textos antiguos permiten delimitar tal territorio a partir de la identificación de las ciudades que les atribuyen, aunque contradicciones como la arriba señalada y ciertas imprecisiones dificultan fijar con precisión y a lo largo del tiempo sus fronteras. Por otro lado, la Arqueología nos enseña que, pese a numerosos datos coincidentes, la Región Vaccea ofrece diferencias según qué zonas y, si ello pudiera ser resultado de la diversa incidencia de la investigación en cada una de ellas, no es menos cierto que conocemos más y mejor cuanto ocurre en el sector oriental que en el occidental. En cualquier caso y a grandes rasgos, dicho territorio abarcaría la Tierra de Campos, los Montes Torozos, el Valle del Cerrato y las Campiñas Meridionales del Duero; un espacio que, próximo a los cincuenta mil kilómetros cuadrados, incluye la totalidad de la actual provincia de Valladolid y parte de las de León, Palencia, Burgos, Segovia, Avila, Salamanca y Zamora y del que queda excluida la de Soria, ocupada íntegramente por los celtíberos.

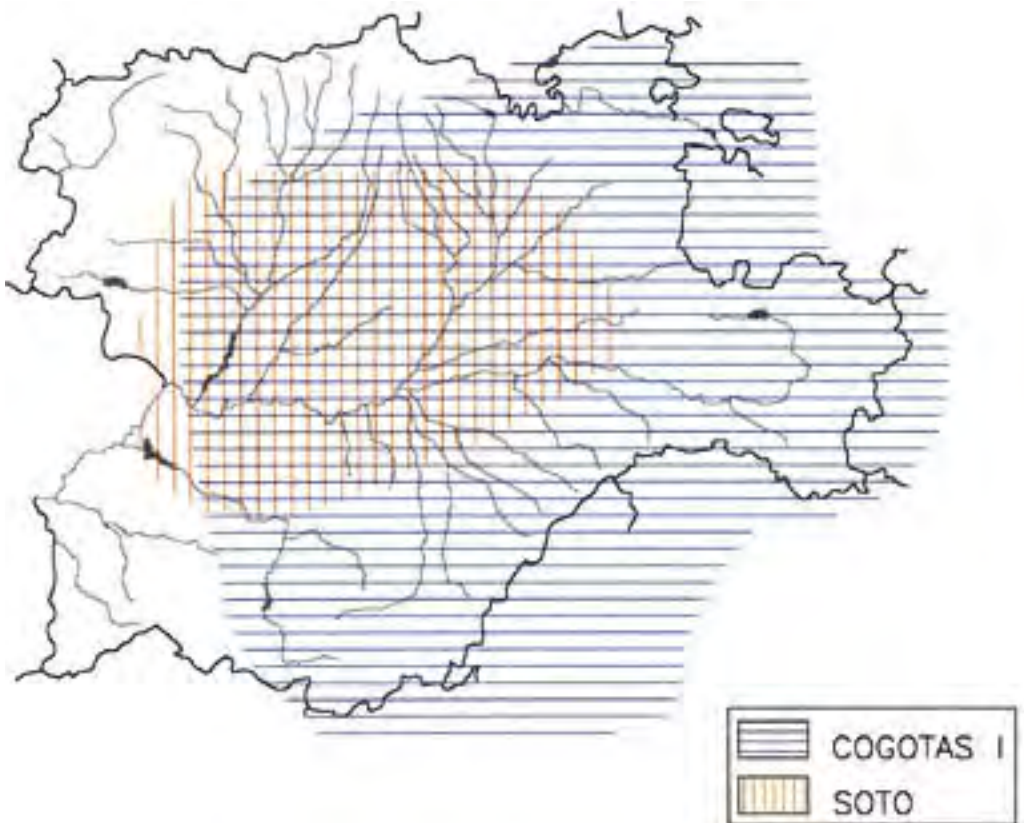
En la medida en que la Arqueología también nos ha enseñado que la presencia de los vacceos en el territorio que acabamos de comentar se remonta, cuando menos y de tener en cuenta su cultura material, algunos siglos atrás respecto de la fecha del 220 a.C. inicialmente citada, convendría seguramente, antes de seguir adelante, preguntarnos ¿quiénes eran? A lo largo del pasado siglo, durante el que tanto éxito tuvieron las explicaciones invasionistas a la hora de justificar los cambios culturales, los vacceos fueron vistos como gentes procedentes del otro lado de los Pirineos, en una de tantas correrías célticas. Para Bosch Gimpera serían una parte del grupo de los *belovacos* que, partiendo del norte europeo, habrían terminado por asentarse en el Duero Medio en la primera mitad del siglo VI a.C.; Wattenberg, por su parte, defendió fechas y orígenes diferentes, pues para él se trataría de grupos humanos que, movilizados hacia el 400 a.C., ha-

brían partido del valle del Morava, en el Danubio Medio. En las últimas décadas del pasado siglo, momento a partir del cual las teorías invasionistas vinieron cayendo en desuso, la investigación ha pasado a valorar el sustrato indígena y la evolución local, así como fenómenos de aculturación; un planteamiento que viene a obligarnos a formular un segundo interrogante, acerca en esta ocasión de qué ocurrió en esa Región antes de que los vacceos históricos la ocuparan.

¿Y antes de los vacceos?

En las primeras centurias del último milenio a.C., en ese tiempo que los prehistoriadores situamos el final de la Edad del Bronce, y en la práctica totalidad de la Cuenca del Duero, asis-

El valle del Duero en el Bronce Final y Primer Hierro, dispersión geográfica de las culturas de Cogotas I y el Soto.





Planta de una cabaña
construida con materiales
perecederos en el nivel
inferior de El Soto de
Medinilla (Valladolid).

timos al importante cambio cultural que significa la sustitución de la cultura de Cogotas I por la del Soto. Una y otra toman su nombre, respectivamente, de sendos yacimientos emblemáticos: el de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila) y el de El Soto de Medinilla, ubicado a las puertas mismas de Valladolid capital por el norte. Ambos mundos se caracterizan por rasgos lo suficientemente contrastados como para poder hablar, tal queda apuntado, de un gran cambio cultural.

Cabe señalar, en relación con lo dicho y en primer lugar, la contracción geográfica que la nueva cultura ofrece respecto a la de Cogotas, puesto que el mundo del Soto se limita al Duero Medio, adentrándose ligeramente en el sector más oriental de la provincia portuguesa de Tras-Os-Montes, en tanto que su predecesor alcanzaba también buena parte de la cabecera del Tajo y, en particular, sus afluentes de la margen derecha. Se aprecia, por otro lado, un patrón de ocupación nuevo del territorio, ya que los poblados soteños rara vez se asientan sobre los anteriores de Cogotas I, lo que significa que se trata de poblados de nueva planta; además, los nuevos lugares tienden a ocupar las márgenes de los



Vivienda circular de adobes de la fase plena de la cultura del Soto (Soto de Medinilla, Valladolid).

cursos fluviales de la cuenca sedimentaria, lo que no quita para que en el sector más occidental accedan a las penillanuras, como ocurre en Salamanca, u ocupen emplazamientos típicamente castreños, es decir bien defendidos naturalmente, como acontece en Zamora o en la vecina región portuguesa citada. En otro orden de cosas, cabe señalar cómo, frente a la prácticamente nula preocupación defensiva mostrada por los habitantes de los viejos emplazamientos, los de los nuevos, que tampoco parecen haberse ocupado demasiado de este problema, denuncian en ocasiones la



Graneros rectangulares de adobes del Soto de Medinilla (Valladolid).

existencia de murallas, simplemente terreras en algunos casos, de adobes y empalizada en el de El Soto de Medinilla, como pusieron de manifiesto las excavaciones de los años sesenta del pasado siglo, y aún de mampostería, y acompañadas de fosos y frisos de piedras hincadas, en las zonas montañosas más occidentales.

Descendiendo ya a niveles más inmediatos, documentamos cómo, pese a la exigua información que nos ofrecen el par de viviendas conocidas de Cogotas I, auténticas chozas de planta ovalada o subrectangular y paredes de postes y barro, éstas están lejos de las más elaboradas posteriores; en efecto, aunque las más primitivas del Soto sigan construyéndose con materiales perecederos, ofrecen, en primer lugar, planta circular y, por otro lado, incorporan pisos de tierra apisonada, bancos corridos de adobe adosados a las paredes y hogar central. Esta arquitectura doméstica, atestiguada en varios lugares en los niveles inferiores de las ocupaciones, como ocurre una vez más en el propio Soto de Medinilla, se ve suplantada, a partir del 700 a.C. aproximadamente, en tiempos ya de la convencional Edad del Hierro y en

lo que hoy se entiende como fase plena del mundo soteño, por otra de adobes.

Lo dicho en último lugar ha venido intepretándose como resultado de la decidida voluntad de permanencia en el lugar por parte de las gentes del Soto, lo que nos lleva a otro tipo de consideraciones, relacionadas esta vez con la orientación económica de las respectivas poblaciones. El hecho de que los primeros yacimientos detectados de Cogotas I ocuparan las sierras del Sistema Central indujo a pensar que el pastoreo habría sido la base fundamental de su economía; y aún después, cuando salieron a la luz numeros lugares en llano y de suelos fértiles, como los descubiertos en las tierras zamoranas del Pan y del Vino, habida cuenta que en los mismos se identificaban, prácticamente en exclusiva y de manera recurrente, silos y que estos en el momento del abandono del lugar se habían amortizado como basureros, se insistió en ello añadiendo la práctica de la itinerancia. El hallazgo de una nutrida nómina de poblados soteños, ceñidos a las feraces vegas fluviales de la cuenca sedimentaria, invitaba, en paralelo, a contemplar a las nuevas gentes como agricultoras; y, abundando en lo apuntado líneas arriba, a entender que allí donde habían dado el paso a las construcciones en duro, frente a las más frágiles de materiales perecederos anteriores, habían encontrado recursos suficientes para el mantenimiento de la comunidad. Hoy somos conscientes de que unos y otros practicaron economías agropecuarias acordes a los diversos nichos ecológicos que ocuparon y que, de la misma manera, explotaron los diferentes recursos a su alcance, tales como la caza y la pesca o la recolección de frutos silvestres.

No menos exclusivos son sus ajuares cotidianos. Así, de comenzar por la cerámica, advertimos que la de Cogotas I, profusa y barrocammente decorada en los más de los casos –con técnicas como la incisión, la impresión o la de punto en raya o boquique, y aplicaciones de pasta blanca y más raramente roja posteriores–, ofrece vasos de formas abiertas; por contra, las cerámicas del Soto, con tipos cerrados, se decoraron sencillamente en bordes y hombros con monótonos motivos impresos o incisos y, muy raramente, con temas más complejos pintados.

Unos y otros desarrollaron, sin embargo, una metalurgia esencialmente bronceína. De los primeros conocemos sobre

todo hachas planas y de talón y anillas, puntas de lanza y alguna espada o puñal, de tipología atlántica aunque no falten algunos modelos autóctonos; agrupadas en forma de depósitos, suelen comparecer en los rebordes montañosos de la Cuenca del Duero, principalmente en la Cordillera Cantábrica y en el Sistema Ibérico, y al margen de los lugares de habitación. La metalurgia del Soto, por el contrario, ha dejado múltiples evidencias en los poblados; evidencias que, por otro lado, se relacionan con los diferentes momentos de dicha actividad. Es el caso de los restos de vasijas-horno para la reducción de los minerales de El Soto de Medinilla, de los crisoles de fundición de Zorita (Valoria la Buena, Valladolid), de los moldes de fundición leoneses de Sa-caojos y Gusendos de los Oteros, o de diversas armas y útiles que muestran ahora una morfología peculiar: las hachas de apéndices laterales y las pequeñas puntas de jabalina. Además, piezas auténticamente novedosas, como los ganchos de carne, los asadores y los calderos de placas remachadas, ilustran una nueva práctica social: la del banquete asociado a la ingesta de carne y el consumo de bebidas alcohólicas; objetos que, al igual que las fíbulas o imperdibles de doble resorte para el vestido y los cuchillos de hierro de hoja curva, asimismo presentes en contextos soteños, aunque algo más tardíos, cabe relacionar con el mundo mediterráneo.

Muy poco es lo que sabemos, sin embargo, sobre el mundo de las creencias de ambos grupos. Nos consta que las gentes de Cogotas inhumaron algunos cadáveres en los silos, aunque dado su reducido número en los varios cientos de hoyos excavados hasta hoy, y pese a que no conocemos otro, no da la impresión de que éste fuera un ritual normativo,. Por otro lado, el rechazo que pudiera provocar desde la perspectiva actual el hecho de que tales estructuras fueran colmatadas como basureros, ha llevado a sugerir que quiénes allí se enterraron pudieran ser asesinos o extranjeros; algo que, por otro lado, parece colisionar con el dato de que los tres individuos exhumados en un mismo hoyo en San Román de Hornija (Valladolid) se acompañaran de un pequeño pero exótico ajuar.

Nada podemos decir al respecto en relación con los adultos soteños, pero sí sobre algunos niños que sabemos fueron inhumados bajo los suelos de las casas. Tal rito ha sido interpretado

en el sentido de que dada su corta edad –aún no les habían salido los dientes– no tendrían la plenitud de derechos sociales, lo que les excluiría del *loculus* y el ritual reservados a los mayores, aunque es preciso reconocer que la Arqueología viene negándonos sistemáticamente el conocimiento de uno y otro. Conviene recordar al tiempo que el número de niños identificados es muy reducido, sobre todo si tenemos en cuenta la alta mortalidad infantil que cabría esperar en una sociedad como la soteña; el dato, por otro lado, de que paralelamente se recuperen, en idénticas condiciones, ovicaprinos asimismo infantiles ha llevado a sospechar si no se trataría, en uno y otro caso, de sacrificios fundacio-



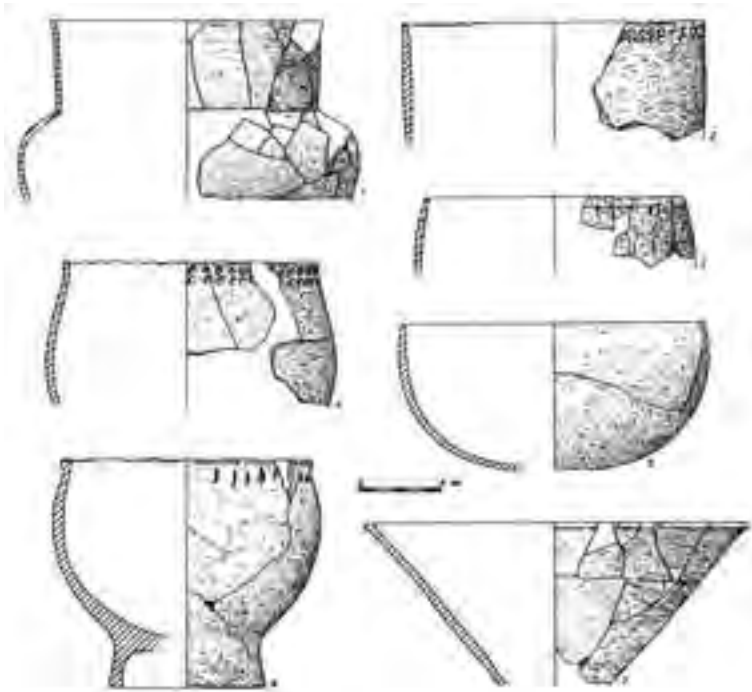
Cerámicas Cogotas I.



El Soto de Medinilla (Valladolid): viviendas, graneros y, al fondo, horno doméstico.

nales que tuvieran como finalidad propiciar ventura a la nueva construcción.

Y para concluir con este punto dos datos que, aunque un tanto evasivos por el momento, no dejan de ser elocuentes. En el poblado que se extiende bajo la actual localidad segoviana de Cuéllar se ha localizado una estancia cuadrangular con las paredes pintadas de rojo y hogar flanqueado por dos poyetes, banco y repisa probablemente, en la que aparecieron numerosas cerámicas entre las que destacan las decoradas a peine, las a torno importadas y una clepsidra; todo ello ha llevado a pensar que se trate de un santuario de culto doméstico. En La Corona/El Pesadero de Manganeses de la Polvorosa (Zamora) las unidades familiares, compuestas por varias estructuras circulares con diferentes funciones –viviendas, talleres, etc–, incorporan estructuras, asimismo circulares y de adobes aunque de baja altura, en cuyo interior aparecen otros adobes dispuestos formando figuras geométricas y pintados, junto a restos cerámicos y óseos, que se entienden como



Cerámicas de El Soto de Medinilla (Valladolid).

lugares de culto o sagrados. Una y otras son de cronología tardía dentro del Primer Hierro y parecen reivindicar prácticas religiosas cuyo significado se nos escapa.

En fin, una abrumadora serie de datos que, como señalábamos en principio, no hace sino subrayar el importante cambio cultural habido entre Cogotas I y la cultura del Soto y que no es de extrañar venga contemplándose en términos de clara ruptura. Como tampoco debe de sorprendernos que en los comedios del siglo pasado se tratara de justificar acudiendo, como en tantas otras ocasiones, a la llegada de nuevas gentes, ni el que éstas procedieran del otro lado de los Pirineos; y así, poblaciones celtas arribadas por el occidente de la citada cadena montañosa, primero, o grupos de Campos de Urnas centroeuropeos, que previamente habían recalado en el noreste peninular, después, han sido las candidatas. Superadas, cuando no rechazadas de plano como también hemos tenido ocasión de comentar más atrás, las explicaciones difusionistas más radicales, es decir las invasionistas, no han faltado otros argumentos, entre los que citaremos el del cam-

bio climático; hoy parece existir un cierto consenso en entender que tan profunda ruptura debió de ser el resultado de un proceso complejo y de una cierta duración temporal. En este sentido, y sobre las poblaciones meseteñas de Cogotas I, habrían actuado una serie de procesos de aculturación –tanto desde el mediodía, como de hecho venía ocurriendo desde el Bronce Final, como del noreste peninsulares–, que no necesariamente excluyen aportes humanos. Ello pudo haber ocurrido en el curso de una o varias generaciones sin necesidad alguna, también en esta ocasión, de dejar huella arqueológica.

Sorprende que ese nuevo mundo, el del Soto, como en buena medida aconteciera anteriormente con Cogotas I, desapareciera un tanto bruscamente, máxime cuando, según todos los indicios, ello vino a ocurrir en su mejor momento, allá a finales del siglo V o inicios del IV a.C. Y es que calificativos como opulento, pujante o cosmopolita, y no otros, son los que vienen aplicándose, efectivamente, a ese momento soteño final. El caso es que, como queda dicho, a partir de las fechas señaladas se abre un horizonte diferente que, como también se dijo y en la medida en que se nos ofrece novedoso, se ha tratado de explicar a partir de causas exógenas. Quedaba apuntado asimismo, en cualquier caso, que hoy se prefiere pensar en procesos de evolución local, lo que significa que tales transformaciones debieron iniciarse en ese mundo final del Soto, pese a que las veamos cristalizadas en la andadura inicial del vacceo, dos siglos antes de que Polibio hiciera referencia al mismo.

Se ha traído a colación en dicho sentido un acontecimiento que tuvo amplias repercusiones en buena parte de la geografía peninsular y que está relacionado con lo que sucediera a su vez en el extremo opuesto del Mediterráneo: la desaparición de Tartessos, la gran cultura orientalizante de la primera Edad del Hierro del suroeste, como consecuencia de la caída de Tiro, la capital fenicia, en manos de Nabuconodosor II rey de Babilonia; según dicha propuesta, el agostamiento del Soto y el subsiguiente proceso transformador se deberían a ello, en la medida en que había significado la ruptura de relaciones culturales y comerciales entre el mediodía y la Meseta, pero es más que evidente el desajuste cronológico entre uno y otro fenómeno. Otras alternativas se inclinan por indagar en cuestiones socioeconómicas. Es el caso de

la que defiende que el nuevo modelo de poblamiento vacceo se habría basado en la secundarización de la producción agrícola y ganadera a través de los cultivos de regadío y una ganadería ovina especializada, así como en el desarrollo de actividades artesanales y comerciales directamente relacionadas con esas producciones. En tanto una segunda, no necesariamente en liza con la anterior, se orienta a situar en la base de las futuras transformaciones un cambio en el régimen de propiedad de los productos del campo y quizá de la tierra misma, así como en la de los ganados y control de los pastos; algo que habría ocurrido de la mano de una oligarquía emergente que enseguida vemos, como atestiguan algunas tumbas de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* desde el siglo IV a.C., aupada en una aristocracia guerrera.

Y por fin los vacceos

De inclinarnos, como de hecho hacemos, por defender la continuidad entre la cultura del Soto y los históricos vacceos habremos de ocuparnos en el presente epígrafe en tratar de exponer los argumentos que explican dicha continuidad frente a los que pretenden justificar la ruptura. No nos detendremos por tanto en describir detenidamente cada uno de los aspectos que caracterizan a esta cultura de la segunda Edad del Hierro del Duero Medio, sobre todo porque muchos de ellos quedan manifiestamente comentados en los trabajos breves que siguen a estos estudios en la segunda parte de esta obra; y seguiremos para ello, en fin, un esquema análogo al desarrollado en el apartado precedente, aunque sin volver a insistir en cuanto se refiere a la cultura del Soto.

Y habremos de decir para comenzar que ese territorio que llamamos Región Vaccea es una parte del que anteriormente definíamos como soteño, pues frente a aquél queda limitado ahora por los ríos Cea y Esla al occidente, por una línea imprecisa entre el Esla y el Pisuerga al norte de Carrión de los Condes (Palencia) que, por el este alcanzará, en primer lugar, la desembocadura del Arlanza en el último curso fluvial citado y, seguidamente, el espacio entre la *Chunia* (Coruña del Conde, Burgos) arévaca y la *Rauda* (Roa, Burgos) vaccea; finalmente, por el mediodía la frontera se ceñiría de forma igualmente imprecisa al Duero, si



El territorio vacceo.

bien entre una y otro se conocen renombradas ciudades vacceas. Límites que, como se indicaba en las líneas introductorias a estas páginas, no han de entenderse rígidos en el curso del Segundo Hierro, y de ahí la dificultad de fijarlos con precisión.

Un espacio, por otra parte, en el que una de las novedades más significativas queda reflejada en el modelo de ocupación del territorio, dado que lo que ahora documentamos en el mismo son los primeros asentamientos urbanos de su historia; auténticas ciudades-estado que, por término medio, llegaron a alcanzar entre quince y veinte hectáreas de extensión y debieron cobijar a varios miles de personas. Plinio y Ptolomeo se hacen eco, respectivamente, de diecisiete y veinte de estas ciudades pero, como han puesto de manifiesto prospecciones arqueológicas sistemáticas en el interfluvio Duero-Pisuerga, existieron otros centros menores y dependientes de aquéllas, configurándose así un modelo



Recreación del
procesado de
cereal y bellotas.

de hábitat jerarquizado. Con todo, el número de asentamiento parece haberse reducido notablemente respecto a la etapa inmediatamente anterior, lo que ha permitido sugerir que las nuevas ciudades, superpuestas o ligeramente desplazadas en ocasiones respecto a un poblado soteño, pudieran haber surgido en virtud de un proceso de sinecismo, voluntario o forzoso.

Ciudades y núcleos menores buscaron emplazamientos próximos a las principales redes fluviales, ocupándose densamente tanto los fondos de los valles como los bordes de los páramos que los limitan, en tanto que las extensas parameras quedaron despobladas, lo que ha dado pie a hablar de “vacíos vacceos”. Tanto los asentamientos en llano como los naturalmente protegidos muestran preocupación por los aspectos defensivos, dotándose de muros y fosos. Es difícil saber si todo el terreno intramuros se hallaba urbanizado y habitado, aunque hay que pensar en una cierta reserva de espacio para facilitar la expansión del caserío y en la existencia de áreas de uso público; nos consta además que existieron zonas secundarias deliberadamente segregadas por la



Ambiente doméstico con tablones carbonizados sobre los que aparecieron bellotas en Las Quintanas (Padilla de Duero, Valladolid).

Pintia, poblado de Las Quintanas: granos de trigo carbonizados.

peligrosidad de las actividades que en ellas se llevaban a cabo, caso de los alfares identificados en *Rauda* y *Pintia*, en la orilla opuesta del Duero a la que se localizan los núcleos urbanos.

Es necesario advertir lo insuficiente de nuestro conocimiento respecto del hábitat vacceo, lo que no impide que sostengamos el desarrollo de un cierto urbanismo, en el que una serie de calles vertebrarían las unidades de habitación en manzanas más o menos regulares; un ordenamiento al que contribuiría la planta cuadrangular de las viviendas. Aunque no contemos hasta la fecha con ninguna casa excavada en su totalidad, sabemos que su interior se compartimentaba en un número variable de estancias, acorde a su extensión, destinadas a usos diferentes. Sus muros se alzaron de adobes, siendo revocados después con un mantecado de barro y pintadas, en ocasiones, las paredes internas; sus cimentaciones podían ser de mampostería o, como han puesto de manifiesto las sertorianas de *Pintia*, vigas de madera encastradas en una zanja; las techumbres, de ramajes mantecados de barro, descansaban sobre pies derechos y vigas y los pavimentos eran de tierra apelmazada.

La economía siguió sustentándose en las actividades agropecuarias, coadyuvando a la subsistencia las venatorias, piscatorias y recolectoras. La agricultura mantuvo su carácter especializado en el cultivo del trigo común/duro; el ganado vacuno acentuó su importancia en época vaccea, tendencia que no se aprecia en



Recreación de estancia doméstica con actividades culinarias y textiles.

el caso de los ovicaprinos, y la importancia del caballo se ve reducida, en tanto que aumenta la del asno y comparece por vez primera la gallina. El ciervo, el conejo y la liebre siguieron siendo los animales más cazados, aunque cabe destacar que el número de especies capturadas disminuyó considerablemente en esta época.

Importa resaltar sobre todo ahora cómo el sector agropecuario no constituyó la base exclusiva de la economía vaccea y cómo el artesanado y las relaciones comerciales se vieron notablemente fortalecidas con la nueva situación; algo en lo que influirían también ciertas novedades tecnológicas, como la introducción del torno del alfarero, y la generalización de la metalurgia del hierro, que posibilitó la fabricación de nuevos útiles y herramientas, facilitando a su vez las tareas artesanales. De todo ello dan rendida cuenta los nuevos productos y su distribución geográfica.

Por lo que con los primeros tiene que ver, destacaremos de inicio la producción alfarera, amplia y muy variada, en la que merecen destacarse: los vasos con decoración a peine, en los que



Recreación del banquete.

se desarrolla un nuevo estilo impreso; las especies torneadas, muy ricas formalmente y con peculiares decoraciones pintadas en algunos casos; los vasos grises, que imitan otros metálicos, o las llamadas producciones singulares, entre las que se incluyen cajitas y sonajas principalmente. De bronce siguieron haciéndose fundamentalmente los objetos de adorno, como las fíbulas, que muestran ahora una rica variedad de tipos, los colgantes o los brazaletes. Además, aunque en los momentos más avanzados del Segundo Hierro, surge una orfebrería cuya personalidad, netamente diferenciada de la ibérica y de la del noroeste peninsular, permite hoy calificarla de vaccea; las joyas –torques o collares rígidos, brazaletes y pulseras, arracadas, etc.– se elaboraron en oro y esencialmente en plata y las encontramos habitualmente en forma de tesoros que, como los recuperados en *Pintia*, debieron esconderse con ocasión de los conflictos bélicos con Roma. En hierro se fabricaron armas y herramientas; entre las primeras destacaremos, por su singularidad, los puñales y escudos de tipo Monte Bernorio, a buen seguro hoy creación vaccea; de las se-



Pintia, necrópolis de Las Ruedas.

gundas mencionaremos el interesante lote de aperos encontrado en la bodega de una casa de época sertoriana en *Pintia*. Y aún habría que añadir a todo ello un importante elenco de productos que, por elaborarse con materiales de difícil conservación, no ha llegado hasta nosotros; nos referimos, obviamente, a los textiles y a las piezas de piel o cuero y madera, por citar las más frecuentes.

El análisis de la cultura material y su dispersión geográfica revelan asimismo con claridad, como decíamos, una riqueza de intercambios con todas las áreas periféricas. Es evidente que la desaparición de Tartessos, antes aludida, supuso la ruptura de las relaciones comerciales que desde el Bronce Final y a lo largo de Primer Hierro, mantuvo la Submeseta Norte con el mediodía peninsular, lo que obligó a buscar nuevos proveedores y clientes y a establecer nuevas redes. Las importantes minas de hierro del Sistema Ibérico, en torno a las sierras del Moncayo y Menera, hacen pensar que fueran sus vecinos del este, los celtíberos, los que les procurarían dicho metal. Por otro lado, la tipología del armamento e incluso de algunos objetos de adorno de bronce apuntan con insistencia a la zona septentrional de las actuales provincias de Palencia y Burgos, e incluso a Alava, donde se establecieron los históricos cántabros, autrigones y turmogos; y la llegada de puñales Monte Bernorio a la zona meridional de la Submeseta Norte avala los contactos con los vettones. Como testi-



Ajuar de la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*.

monio de las relaciones con sus vecinos del este, los astures, basta traer a colación las evidentes analogías formales e iconográficas que pueden establecerse entre los tesoros pintianos y los zamoranos de Arrabalde.

Si, como comentamos previamente, el control del campo y sus productos por parte de una elite emergente pudiera contemplarse como una de las causas del nacimiento de las nuevas ciudades, hay que suponer que ello contribuyó asimismo a atraer y concentrar en las mismas determinadas actividades artesanales, caso de las alfareras y metalúrgicas, y que ello, a su vez, constituyera un atractivo para que muchos decidieran abandonar los viejos poblados para instalarse en las nuevos centros, donde tendrían acceso más fácil a no pocos productos. Todo ello pudo muy bien verse potenciado por esas elites, que posiblemente controlaran también el aprovisionamiento de materias primas y la distribución de la producción, a través del establecimiento de relaciones y redes comerciales con sus iguales de otras etnias vecinas.

Esa minoría social, progresivamente enriquecida, capitalizaría los excedentes, pudiendo acceder así, como denuncian algunos ricos enterramientos de *Pintia*, a los productos más caros y exclusivos; la ostentación por su parte de armas bellamente



decoradas con damasquinados y lujosas joyas de oro y plata o la práctica social, con familiares y amigos, del banquete, en el que se consumirían carne y vino, un producto este último igualmentepreciado, no harían sino reforzar su imagen y poder, afianzando cada vez más su posición social y política.

Centrándonos finalmente en ese resbaladizo mundo que es el de las creencias, nos ceñiremos esencialmente a aquellos aspectos que puedan seguirse a través del registro arqueológico y que se refieren fundamentalmente a todo aquello que tiene que ver con la muerte. Y ello, entre otras razones, porque de detenernos en el análisis de la religión habríamos de sobrepasar con mucho los límites propuestos a este trabajo y porque, para ello, tendríamos que recurrir al comentario de los textos clásicos y epigráficos.

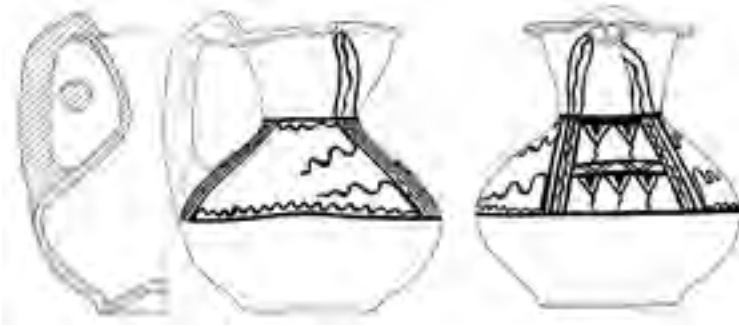
No queremos resistirnos a la tentación, en cualquier caso, de recordar cómo los vacceos de *Pallantia* que luchaban contra

Huesos cremados y fibulas de bronce en el interior de la urna cineraria de la tumba 89 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*.



Estela funeraria de la necrópolis de *Pintia* con representación zoomorfa en perspectiva cenital.

Lérido el 136 a.C. detuvieron el combate a causa de un eclipse de luna, al interpretarlo como signo divino; una referencia de Apiano que –al igual que la estraboniana relativa a los celtíberos y otros pueblos situados al norte de ellos, que narra cómo rinden culto a una divinidad innominada las noches de plenilunio– podemos asociar al culto lunar y relacionar con el dios celta *Lug*. De la misma manera que no olvidamos cómo ciertos teónimos trans-



Pintia, jarra de pico con decoración pintada.

mitidos por la epigrafía romana avalan cultos locales referidos a accidentes naturales como los montes, los bosques o las aguas, aunque no en tanto entes a los que se rinde culto, sino entendidos más bien como medios a través de los cuales se expresa una divinidad con múltiples apariencias. Y aún, para terminar, evocar una serie de figuras zoomorfas en perspectiva cenital que podríamos interpretar como talismanes, pero también como imágenes de una divinidad, y que han rendido sus mejores representaciones en piezas de diversa funcionalidad del territorio vacceo: un vaso recuperado en la bodega de una casa en *Rauda*, el pomo del puñal de la tumba 32 y la única estela funeraria indígena decorada de la necrópolis de Las Ruedas o la tapadera de un horno doméstico del poblado de Las Quintanas en *Pintia*, y, ya en territorio astur y muy próxima iconográficamente a la última citada, el broche de un cinturón áureo del segundo tesoro de Arrabalde.

Reconduciéndonos ya a la escatología tendremos presente de inicio cómo los niños no natos y de muy corta edad siguen inhumándose bajo los suelos de las casas y cómo junto a ellos aparecen otros depósitos con ovicaprinos asimismo jóvenes; una práctica que, como se recordará, comentamos ya al hablar del mundo del Soto, por lo que no cremos necesario volver a insistir en ella.

Dos ritos funerarios nuevos revelan la creencia en el Más Allá, y en la inmortalidad del alma por tanto, y que es el cielo, el ámbito en el que reside la divinidad, el reducto de la vida de ultratumba. El primero de ellos, a buen seguro adoptado de sus



Puñal de tipo Monte Bernorio de la tumba 28 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*.

vecinos los celtíberos, al que podemos calificar de normativo, pues era el aplicado a la mayoría de la población, es el de la cremación. El difunto, trasladado al *ustrinum*, era quemado en una pira acompañado de sus objetos personales –armas y adornos–; recogidos los restos de sus huesos, que eran introducidos en un vaso cerámico, y el ajuar eran depositados en el cementerio en un hoyo excavado en el suelo, incorporándose entonces ofrendas y viáticos; estelas toscas de piedra, que hacían visible el *loculus* y recordarían a sus familiares el lugar donde descansaban sus deudos, sellaban las tumbas.

Por desgracia, apenas si conocemos media docena de necrópolis en todo el territorio vacceo y no menos lamentable es el hecho de que de la mayoría de ellas apenas si sabemos otra cosa que su existencia; así merecen citarse la de Cuéllar, la de la *Pallantia* más antigua (Palenzuela, Palencia) y la de Las Ruedas de *Pintia*, si bien la mayor parte de la información de que disponemos proviene de esta última. Y es así cómo a partir de ella, y dado que, a través de los ajuares y ofrendas, se pretendía prolongar en la vida de ultratumba el estatus que, por sexo, edad y condición, había alcanzado el difunto en vida, sabemos que la vaccea era una sociedad compleja y altamente jerarquizada, con una amplia base en cuya cúspide se situaba una minoritaria aristocracia guerrera. Merece llamar la atención, en este sentido, acerca de las importantes inversiones realizadas, en ajuares y ofrendas, en las exequias de los niños de estas oligarquías, pues ello contribuiría, al igual que otras prácticas anteriormente comentadas, a la reputación de sus padres.

El segundo de los rituales nos es conocido a partir de documentos indirectos textuales e iconográficos. En efecto, tanto Silio Itálico, refiriéndose a los celtíberos, como Eliano, en alusión directa a los vacceos, cuentan la costumbre de unos y otros de exponer los cadáveres de los guerreros muertos en combate a los buitres, aves sagradas que, tras devorar sus cuerpos, transportarían sus almas a los cielos al reemprender el vuelo; costumbre que, en el contexto de la ética agonística céltica, ilustra también el honor que significa morir combatiendo. Por lo que a la segunda fuente comentada se refiere, basta acudir a dos fragmentos de cerámica pintada numantina y a varias estelas y monumentos funerarios, tanto de zonas inmediatas (Lara de los Infantes, Bur-



Recreación de un
equites vacceo.

gos; Zurita, Cantabria) como de otras más alejadas, caso de las ibéricas del Bajo Aragón.

Permítasenos, finalmente, antes de concluir, una breve reflexión en torno a estos dos últimos rituales descritos. Dado que en el norte peninsular no se conocen restos funerarios pertenecientes a la primera Edad del Hierro, se ha pensado que se llevarían a cabo prácticas funerarias que no dejan huella arqueológica y que muy bien pudiera ser una de ellas la de la exposición a los



Tesoro de joyas y monedas de *Pintia*.

vultúridos psicopompos; una tradición que formaría parte de un, igualmente sugerido, substrato “protocéltico”. Andando el tiempo vemos cómo los vacceos adoptan como ritual normativo la cremación y cabría preguntarse si pudo obedecer ello a la dificultad de seguir manteniendo el rito expositorio en un momento en el que la población se iba concentrando, por miles, en los grandes *oppida* y ciudades. De ser así, la oligarquía social habría visto en ello una oportunidad de reflejar a través de los ajuares y ofrendas depositados en las tumbas su posición social y hacer ostentación de la misma en el momento de las exequias; y aún cabría sospechar, si, paralelamente, no se habría apropiado del viejo ritual, haciéndose recompensar su muerte heroica con el traslado de su alma directamente al cielo por el ave sagrada.

A lo largo de estas páginas hemos intentado desarrollar cuanto acontece a lo largo de la Edad del Hierro, en el curso del primer milenio a.C., en el Duero Medio. Si las enormes transformaciones habidas entre Cogotas I y la cultura del Soto inducen a hablar de una clara ruptura, aunque en la actualidad no falten quienes prefieran entenderlas resultado de una evolución local,



Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*, detalle del pomo del puñal de tipo Monte Bernorio de la tumba 32, con representación zoomorfa en perspectiva cenital.

el tránsito entre el Soto y el mundo vacceo, aunque sometido a idénticas discusiones, parece bien diferente. Es cierto que algunos de los cambios que se advierten en esta ocasión pudieran dar pie a hablar una vez más de evidente ruptura –modelo de ocupación del territorio, plantas de las viviendas y, sobre todo, los nuevos rituales funerarios–, pero no lo es menos que puede advertirse una manifiesta continuidad en otros –superposiciones en poblados, construcciones de adobe, inhumaciones infantiles bajo los suelos de las casas– y que algunos más se explican fácilmente por la introducción de novedades tecnológicas –torno del alfarero, generalización de la metalurgia del hierro– y la lógica evolución social. Vistas así las cosas, las gentes del Soto, o al menos una parte de ellas, no serían sino los ancestros directos de los vacceos, por mas que, desde el punto de vista arqueológico, muestren ciertas diferencias materiales y culturales entre sí; sabemos que los pobladores del Duero Medio son, desde finales del siglo III a.C., ese grupo étnico al que los escritores antiguos llaman vacceos, pero la Arqueología nos enseña también que son las mismas gentes que encontramos en la Región desde, como mínimo, finales del siglo V a.C. y, como se desprende de lo dicho, desde mucho antes, con bastante probabilidad.